Curación del sirviente de un centurión

49Mt. 8. 5-10, 13 Jn. 4. 46-53

7

1 Cuando Jesús terminó de decir todas estas cosas al pueblo, entró en
Cafarnaún. 2 Había allí un centurión que tenía un sirviente enfermo, a punto de
morir, al que estimaba mucho. 3 Como había oído hablar de Jesús, envió a unos
ancianos judíos para rogarle que viniera a curar a su servidor. 4 Cuando
estuvieron cerca de Jesús, le suplicaron con insistencia, diciéndole: «Él merece
que le hagas este favor, 5 porque ama a nuestra nación y nos ha construido la
sinagoga». 6 Jesús fue con ellos, y cuando ya estaba cerca de la casa, el
centurión le mandó decir por unos amigos: «Señor, no te molestes, porque no
soy digno de que entres en mi casa; 7 por eso no me consideré digno de ir a
verte personalmente. Basta que digas una palabra y mi sirviente se
sanará. 8 Porque yo ⟪que no soy más que un oficial subalterno, pero tengo
soldados a mis órdenes⟫ cuando digo a uno: ⟪Ve⟫ él va; y a otro: ⟪Ven⟫ él
viene; y cuando digo a mi sirviente: ⟪¡Tienes que hacer esto!⟫ él lo hace». 9 Al
oír estas palabras, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la multitud que lo
seguía, dijo: «Yo les aseguro que ni siquiera en Israel he encontrado tanta
fe». 10 Cuando los enviados regresaron a la casa, encontraron al sirviente
completamente sano.

Resurrección del hijo de una viuda

11 En seguida, Jesús se dirigió a una ciudad llamada Naím, acompañado de sus
discípulos y de una gran multitud. 12 Justamente cuando se acercaba a la
puerta de la ciudad, llevaban a enterrar al hijo único de una mujer viuda, y
mucha gente del lugar la acompañaba. 13 Al verla, el Señor se conmovió y le
dijo: «No llores». 14 Después se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se
detuvieron y Jesús dijo: «Joven, yo te lo ordeno, levántate». 15 El muerto se
incorporó y empezó a hablar. Y Jesús se lo entregó a su madre. 16 Todos
quedaron sobrecogidos de temor y alababan a Dios, diciendo: «Un gran profeta
ha aparecido en medio de nosotros y Dios ha visitado a su Pueblo». 17 El rumor
de lo que Jesús acababa de hacer se difundió por toda la Judea y en toda la
región vecina.

Los signos mesiánicos

17Mt. 11. 2-6
18 Juan fue informado de todo esto por sus discípulos y, llamando a dos de
ellos, 19 los envió a decir al Señor: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos
esperar a otro?». 20 Cuando se presentaron ante él, le dijeron: «Juan el Bautista
nos envía a preguntarte: ⟪¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a
otro?⟫». 21 En esa ocasión, Jesús curó a mucha gente de sus enfermedades, de
sus dolencias y de los malos espíritus, y devolvió la vista a muchos
ciegos. 22 Entonces respondió a los enviados: «Vayan a contar a Juan lo que han
visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados
y los sordos oyen, los muertos resucitan, la Buena Noticia es anunciada a los
pobres. 23 ¡Y feliz aquel para quien yo no sea motivo de tropiezo!».

Testimonio de Jesús sobre Juan el Bautista

23Mt. 11. 7-15; 21. 31b-32
24 Cuando los enviados de Juan partieron, Jesús comenzó a hablar de él a la
multitud, diciendo: «¿Qué salieron a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por
el viento? 25 ¿Qué salieron a ver? ¿Un hombre vestido con refinamiento? Los
que llevan suntuosas vestiduras y viven en la opulencia, están en los palacios
de los reyes. 26 ¿Qué salieron a ver entonces? ¿Un profeta? Les aseguro que sí,
y más que un profeta. 27 Él es aquel de quien está escrito:
26 *Yo envío a mi mensajero delante de ti*
26 *para prepararte el camino.*
28 Les aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan, y sin
embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es más grande que él. 29 Todo el
pueblo que lo escuchaba, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de
Dios, recibiendo el bautismo de Juan. 30 Pero los fariseos y los doctores de la
Ley, al no hacerse bautizar por él, frustraron el designio de Dios para con ellos.

Reproche de Jesús a sus compatriotas

30Mt. 11. 16-19
31 ¿Con quién puedo comparar a los hombres de esta generación? ¿A quién se
parecen? 32 Se parecen a esos muchachos que están sentados en la plaza y se
dicen entre ellos:
32 ¡Les tocamos la flauta,
32 y ustedes no bailaron!
32 ¡Entonamos cantos fúnebres,
32 y no lloraron!
33 Porque llegó Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y ustedes
dicen: ¡Ha perdido la cabeza! 34 Llegó el Hijo del hombre, que come y bebe,
y dicen: ¡Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y
pecadores! 35 Pero la Sabiduría ha sido reconocida como justa por todos sus
hijos».

La pecadora perdonada

36 Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús entró en la casa y se sentó a la
mesa. 37 Entonces una mujer pecadora que vivía en la ciudad, al enterarse de
que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de
perfume. 38 Y colocándose detrás de él, se puso a llorar a sus pies y comenzó a
bañarlos con sus lágrimas; los secaba con sus cabellos, los cubría de besos y
los ungía con perfume.
39 Al ver esto, el fariseo que lo había invitado pensó: «Si este hombre fuera
profeta, sabría quién es la mujer que lo toca y lo que ella es: ¡una
pecadora!». 40 Pero Jesús le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». «Di,
Maestro», respondió él. 41 «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía
quinientos denarios, el otro cincuenta. 42 Como no tenían con qué pagar,
perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál de los dos lo amará más?». 43 Simón
contestó: «Pienso que aquel a quien perdonó más». Jesús le dijo: «Has juzgado
bien».
44 Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu
casa y tú no derramaste agua sobre mis pies; en cambio, ella los bañó con sus
lágrimas y los secó con sus cabellos. 45 Tú no me besaste; ella, en cambio,
desde que entré, no cesó de besar mis pies. 46 Tú no ungiste mi cabeza; ella
derramó perfume sobre mis pies. 47 Por eso te digo que sus pecados, sus

numerosos pecados, le han sido perdonados porque ha demostrado mucho
amor. Pero aquel a quien se le perdona poco, demuestra poco
amor». 48 Después dijo a la mujer: «Tus pecados te son perdonados». 49 Los
invitados pensaron: «¿Quién es este hombre, que llega hasta perdonar los
pecados?». 50 Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».